

ES NECESARIO APRENDER A SER PADRE

Rubén Gravié y Ana Ma. Baldrich
Área de Formación.
MFC Arquidiócesis de La Habana

Dios ha creado a todos los hombres valiéndose de sus padres, que somos sus colaboradores para dar vida a esa maravilla que es un ser humano. Los padres más concientes se dan cuenta de que un “hijo”, esa cálida realidad, viva y complejísima, supera, en su delicada y sorprendente organización, todas sus posibilidades intelectuales. Reconocen con facilidad que detrás de todo el proceso de fecundación, gestación y nacimiento... hay una Sabiduría que sobrepasa toda sabiduría humana. Es de tal complejidad y grandeza esa Sabiduría, que solamente Dios puede poseerla. Sólo El conoce bien lo que ha creado: la materia con sus leyes que la permiten estar esperando, abierta, la vida humana, como su más grandiosa posibilidad.

Dios tiene un sueño, un proyecto para cada ser humano que Él llama a la vida y nos lo revela en su Palabra:

Nos ha hecho a su imagen y semejanza. Nos destina a reproducir el Ser de Dios lo más perfectamente que podamos (Gen 1, 26).

Su plan es hacernos hijos suyos. Nos ha bendecido en Cristo, el Hijo de Dios y nos destina a vivir felices para siempre en el amor y, por ende, en el bien, para mayor gloria suya (Ef. 1, 3-14), además, nos enseña a llamarle “Padre”, como Jesús nos los transmitió.

El Espíritu de Dios nos garantiza una Herencia de plena felicidad con Cristo, todo el Universo conspira hacia esa plenitud, que ahora está escondida, y que nos habla del Amor de Dios hacia nosotros (Rom 8, 14-29).

Pero Dios siempre pide y espera la colaboración de nosotros, los padres, sus primeros y principales educadores, para hacer realidad ese sueño en los hijos que nos encomendó y por lo cual, al final de nuestras vidas nos pedirá cuenta.

Esta tarea de procrear, criar, guiar y acompañar en el desarrollo a un ser humano desde sus primeras y más tiernas etapas hasta su adultez, es fascinante, pero, a la vez, difícil, compleja y precisa de una preparación.

Hasta hace no demasiado tiempo se consideraba que para ser padres no se necesitaba de ninguna preparación especial. Se pensaba que con el “sentido común” bastaba para educar a los hijos. Es común oír todavía, aquello de que “yo educo a mis hijos como me educaron a mí”, o por el contrario “yo le daré a mis hijos todo lo que mis padres no me dieron a mí”.

Cuando nos encontramos con un niño difícil, nervioso, celoso, tímido o retraído, decimos “es que su carácter es así”, y quizás, en muy pocas ocasiones, nos preguntamos si no será nuestro carácter, nuestras actitudes, una causa importante de este comportamiento. Frecuentemente los padres intentan resolver con “sentido común” muchas situaciones o problemas que les plantean sus hijos. Pero el sentido común es, a veces, muy contradictorio: a unos le aconseja disciplina; a otros, la ternura excesiva. Ser autoritarios o dejar al niño en absoluta libertad no tiene para todos el mismo significado ni iguales límites.

Hoy, gracias a la Psicología, se sabe que: los niños nerviosos, en muchos casos, son producto de matrimonios discordes; algunos niños para quienes el comer se convierte en un tormento, viven en hogares tensionados; con frecuencia la enuresis (conducta anormal por la cual el niño/a se orina en la cama cuando ya no tiene edad para ello) es ocasionada por conflictos afectivos, que los celos se dan más en aquellos hogares donde los padres no han sabido tratar a cada uno de sus hijos con la misma justicia y el suficiente tacto psicológico; los niños no nacen tímidos, los hacen tímidos quienes están en permanente contacto con ellos: la desobediencia, la mentira, los malos hábitos, las costumbres perjudiciales, incluso, en muchas ocasiones, la delincuencia, no es algo innato en los niños y jóvenes.

Tales conductas anormales son aprendidas y en su aprendizaje, los padres y quienes rodean frecuentemente al niño, han podido jugar un papel importante en el refuerzo o fomento de tales conductas y en el aumento de la probabilidad de que persistan.

De la simple reflexión de tales hechos y de tantos otros, podemos concluir lo siguiente:

La mayoría de tales conductas anormales (celos, timidez excesiva, enuresis, delincuencia, etc. y las normales, incluso), son aprendidas y en este aprendizaje el ambiente juega un papel reforzador, gratificando y recompensando tales conductas.

Son los padres con sus actitudes los que más van a influir en la psicología normal o patológica (enferma) del niño, puesto que son los que, en primer lugar, constituyen el medio en el que se desenvuelven sus hijos.

Si efectivamente, son las conductas de los padres las que más influyen en el niño, es evidente que educar a un hijo es igual a educarse a sí mismo.

Los padres han de educarse para influir positivamente en la conducta de sus hijos. Y esta formación ha de suponer:

ü Conocer la psicología del niño y del joven.

ü Concretar que es lo que los padres pretenden con la acción educativa hacia sus hijos.

Todos estos hechos, su análisis y consecuencias, nos hablan de que es muy necesaria la preparación de nosotros, los padres, para afrontar esta tarea. No existen recetas para la buena educación de un hijo, es decir para lograr que sea un ser feliz, realizado y por ende un verdadero HOMBRE o MUJER, pero existen principios esenciales que de no seguirse traerán amargas experiencias tanto para el hijo/a como para los padres.

Conocemos el mundo que vivimos, con cuantas preocupaciones y ocupaciones por mantener “a flote” su familia, viven los padres... tal parece que el tiempo no alcanza y a veces, urgidos por lo inmediato, dedicamos más tiempo a conseguir los recursos para vestirlos, alimentarlos, prepararlos para un oficio o profesión (lo que no quiere decir que no sea importante y necesario), pero descuidamos el tiempo para analizar como estamos formando a nuestros hijos y que estrategia seguir para formarlos como verdaderos HOMBRES y MUJERES que enriquezcan espiritual y materialmente no sólo a la familia de la que proceden, sino además contribuyan con su manera de actuar a mejorar la sociedad donde viven.

El Movimiento Familiar Cristiano de la Arquidiócesis de La Habana ofrece un material denominado “Escuela de Padres” a partir del cual se ha preparado este artículo y que se recomienda para desarrollar en las distintas comunidades. Este servicio que hoy ofrecemos puede ayudar a preparar a los padres para afrontar esta difícil pero bella tarea.

Si Dios así lo dispone y con su indispensable ayuda, en próximas ediciones de esta revista continuaremos brindándoles síntesis de los aspectos más importantes de este material que todo padre debería detenerse a analizar.